

“Hoy la sociedad parece haber retrocedido más allá de su punto de partida; en realidad, lo que ocurre es que tiene que empezar por crearse el punto de partida revolucionario, la situación, las relaciones, las condiciones sin las cuales no adquiere un carácter serio la revolución moderna”.

Karl Marx. *El 18 brumario de Luis Bonaparte*.

1. Treinta años después de las elecciones generales que fueron consideradas el entierro definitivo del franquismo y la prueba del éxito de la Transición, la amenaza de la derecha vuelve a condicionar la realidad política española, el “consenso de los demócratas” vuelve a ser la frontera amurallada de las expectativas políticas y la presentación como logros de la izquierda de las cesiones ante los “poderes fácticos”, explícitas e implícitas, simbólicas y contables, vuelve a ser pedagogía de la sumisión, vendida como realismo político por la izquierda institucional.

Las similitudes entre el presente y el pasado son tan notorias que puede sentirse la tentación de recurrir a la sentencia irónica que Marx acuñó en su análisis del bonapartismo: *“La historia se repite dos veces, pero la primera como tragedia y la segunda como farsa”*.

Es verdad que hay en la situación actual elementos de farsa ^{1/}. Pero hay también diferencias fundamentales entre las dos situaciones, que limitan el alcance de las analogías: por ejemplo, la izquierda social y política es hoy mucho más fuerte institucionalmente, pero mucho más débil social y políticamente que hace treinta, y que hace veinte años.

En particular, el ciclo de reorganización política a la izquierda del PSOE que se inició tras el referéndum sobre la OTAN del 12 de marzo de 1986 se ha ido desahogando a lo largo de estos años y hoy presenta signos claros de agotamiento. ¿Hay pues que construir un nuevo “punto de partida”?

2. En varios países europeos, como Italia, Francia y el Estado español, la fuerza hegemónica de la derecha es especialmente reaccionaria y se la considera, con razón, por la gran mayoría de la gente de izquierdas como una amenaza.

¿Qué es lo específico de la derecha española? No la política o el tipo de base social del PP, sino sobre todo las características del sistema político diseñado en la Transición para garantizar a la derecha y a los “poderes fácticos” que sus intereses fundamentales sean intangibles.

En los ocho años de gobierno del Partido Popular, especialmente durante el segundo mandato de Aznar con mayoría absoluta, la derecha española superó la crisis

^{1/} Por ejemplo, el acuerdo PSOE-IU sobre la Ley de Memoria Histórica, que acata la doctrina del Tribunal Supremo sobre la legalidad de las sentencias de la Dictadura, pero las envuelve en un discurso moral sobre su ilegitimidad. Acompañado de la banda de cornetas y tambores de *El País* (el titular de la crónica del 20/4/2007, página 18: *“PSOE e IU-ICV dan un vuelco total a la Ley de Memoria y declaran ilegítimos los juicios de Franco”*, parece escrito por un redactor de deportes) esta claudicación se vende como un homenaje a las víctimas del franquismo, treinta años después de la muerte del Dictador, y por una feliz casualidad unas semanas antes de las elecciones municipales.

de dirección política en que estuvo sumida desde la muerte del dictador, y desarrolló una muy eficaz estrategia de reorganización del Estado, con la audacia y la clara conciencia de sus intereses sociales que siempre está ausente cuando gobierna la izquierda institucional: el resultado más importante fue la constitución de una red blindada de personas afines en las principales instituciones del Estado central y una alianza renovada con la Iglesia católica.

En esta estrategia el PP no partió de cero. Pudo apoyarse en el “franquismo político”, menos visible que el “franquismo sociológico”, pero con una influencia incomparablemente mayor. Llamo “franquismo político” a un muy amplio sector de la administración franquista, en el sistema judicial, el sector exterior, el Ejército, la policía, la universidad, los altos funcionarios... que la Transición mantuvo básicamente en sus puestos, sin que tuvieran que rendir cuentas por su complicidad con la dictadura, y que, como los “agentes dormidos” de las novelas de John Le Carré, esperaron el momento en que podían salir del estado político latente. Durante los gobiernos del PP, este sector se articuló de una manera natural, con los jóvenes *neocons* que constituyen la guardia pretoriana de Aznar, los cuales son en muchos casos parientes no sólo ideológicos, sino biológicos de la antigua élite de la Dictadura.

Mientras tanto, la izquierda institucional asistía como espectadora benevolente a esta “conquista del Estado”, cuando no le procuraba servicios tan importantes como la Ley de Partidos, un regalo de Zapatero a Aznar que sigue pesando como una losa sobre la búsqueda de una solución negociada al “conflicto vasco”.

El 14-M-2004, toda esta operación quedó al borde del fracaso, no sólo por la derrota electoral sino también por el contexto en que se produjo. La conjunción entre la enorme oposición social a la guerra de Irak, con el atentado del 11-M y la desesperada manipulación de la información, creó una situación crítica en la cual la salida del gobierno amenazaba con llevar al PP y su “complejo político” a la etapa pre-Aznar.

Por eso, la estrategia del PP después del 14-M no respondió a la lógica habitual de la “alternancia” que, en los esquemas bipartidistas vigentes, es la que mejor genera la estabilidad institucional que requiere el “poder fáctico” por excelencia: el gran capital.

La “alternancia” se produce normalmente tras largos períodos de desgaste del partido gobernante; pero el PP necesitaba regresar al poder lo más pronto posible, como máximo en una legislatura, si quería evitar una crisis duradera. Esta necesidad unificó a todas las familias del partido en torno al equipo político central del último gobierno Aznar y con una estrategia que combina: cuestionar la legitimidad de las elecciones del 14-M, bloquear las reformas institucionales del gobierno utilizando el mecanismo del “consenso constitucional” y convertir al nacionalismo español en una divisa movilizadora, que podía acoger a todos los miedos, los intereses materiales, las ansias de revancha y la moral reaccionaria de las derechas.

De esta forma las ilusiones sobre una “segunda transición”, entendida como un conjunto de reformas pactadas capaces de estirar el marco constitucional hasta que pudiera acoger aspiraciones “soberanistas”, se han revelado inconsistentes. En el

marco del régimen establecido en la Constitución de 1978, sólo cabe una “segunda transición” hacia atrás.

3. Frente a esta ofensiva de la derecha no existe ningún proceso o dinámica unitaria de movilización: el referente político es el presidente Zapatero. No el gobierno, ni el PSOE, ni ninguna combinación del PSOE con otras fuerzas parlamentarias. Tampoco hay un espacio político significativo protagonizado por los sindicatos; menos aún, desgraciadamente, por los movimientos sociales. Incluso la izquierda abertzale (salvo que ETA decida romper la baraja) parece confiarlo todo a un segundo mandato de Zapatero. Así pues, el programa contra la derecha se resume en el lema más popular de la manifestación del 17 de marzo en Madrid: “¡Zapatero no estás solo!”, punto y final.

Podemos considerar esa manifestación como una muestra significativa del estado de las cosas. Convocada por decisión del PSOE, utilizando el nombre del “Foro Social de Madrid” (una especie de *Platajunta* de andar por casa, si se quiere seguir recordando los acontecimientos de hace treinta años) y con una movilización mayor de la habitual de las organizaciones territoriales de CC OO y UGT, consiguió reunir a una cantidad de gente similar a la de los 1 de mayo, lo cual no es nada despreciable en estos tiempos. La manifestación tuvo un contenido plebiscitario de apoyo al presidente, hasta el extremo de que en una movilización contra la guerra estaba excluida cualquier referencia a la intervención en Afganistán (no sólo en el manifiesto y los lemas oficiales; también en la mentalidad de los asistentes: “*te has equivocado de manifestación*”, escuchó un compañero que se atrevió a añadir: “... *y de Afganistán*”, a uno de los cánticos reclamando el fin de la ocupación de Irak).

Pero a la vez, una manifestación convocada una hora después en un lugar relativamente cercano, con un contenido político claramente anti-guerra y antiimperialista, reunió sólo a unos cientos de personas (que, por otra parte, hubieran sido más eficaces en un cortejo propio, pero siguiendo el mismo recorrido que la manifestación pro-Zapatero, una propuesta que se intentó, particularmente por Espacio Alternativo, pero finalmente no se pudo realizar).

Más allá de estas manifestaciones, que no han tenido mayor transcendencia, lo que interesa destacar es:

- no existe una dinámica unitaria de tipo social-liberal, a la “italiana”, ni el PSOE tiene, por el momento, ninguna necesidad de crearla; los posibles pactos de gobierno municipal o autonómico PSOE-IU tienen más un contenido funcional que político;
- pero tampoco existe una dinámica unitaria anti-neoliberal; la multitud de organizaciones, en su mayor parte de pequeñas dimensiones, críticas con la situación actual desde muy diversos puntos de vista, raras veces convergen en la acción como una “*nube de mosquitos*” (a diferencia de la célebre metáfora de Naomi Klein sobre el movimiento antiglobalización) y más frecuentemente están atravesados por sectarismos sólo eficaces a la hora de romper iniciativas y movi-

mientos (Madrid es el escenario principal de estas patologías, que han afectado recientemente al movimiento por la vivienda y a la lucha antifascista).

Aquí empieza a esbozarse la necesidad de “un nuevo punto de partida” para la izquierda alternativa social y política. Sin él, y en condiciones de ofensiva de la derecha, la situación se reduce al ámbito institucional-electoral y, por tanto sólo puede reforzar, en términos políticos, y cuando toque electorales, al presidente Zapatero.

4. ¿De dónde le viene esta “investidura carismática” al presidente? En primer lugar, por supuesto, del ejercicio del poder. Pero además, del relativo margen de autonomía respecto a los consensos establecidos, con el que gobernó en algunos temas y durante algunos meses, que parece que ya tocan a su fin.

Zapatero, en términos de antropología política, pertenece a la misma especie que Adolfo Suárez /2. Son políticos profesionales especialistas en la táctica, con un agudo sentido de la política-espectáculo y con relaciones débiles con su partido y con la alta administración del Estado. Acatan escrupulosamente los intereses capitalistas básicos /3 y procuran mantener el *statu quo* y pactar con los demás “poderes fácticos”. Pero más allá de estas cuestiones de principios, se permiten jugadas de riesgo, sobre las que buscan construir su autoridad personal. Centrándonos en Zapatero, su distancia inicial respecto a los códigos del consenso, le permitió plantearse “reformas” de cierto alcance, que sin afectar a esas “cuestiones de principios”, querían buscar algún resquicio en el marco rígidamente conservador de la Transición. La retirada fulminante de las tropas de Irak, dejando claro que era una decisión presidencial, fue una jugada de este tipo. También reformas legales de gran impacto ciudadano y moral, como la legalización del matrimonio homosexual o las relacionadas con los derechos de las mujeres. Y también los proyectos fracasados de renovar los pactos autonómicos y de darle una salida negociada al “conflicto vasco”.

Estos fracasos han supuesto el final de la cartera de “cambios” del presidente: ahora se trata de enviar tropas al exterior, no de retirarlas, de una amenazante reforma de la seguridad social no de nuevas leyes sociales “progresistas” (lastradas por una rácana financiación), de encorsetar las reformas estatutarias al techo catalán (si es que aprueba el examen de “ortodoxia nacional” del Tribunal Constitucional) no de flirtear con el “soberanismo”... y de continuar bajando impuestos, en beneficio directo de las grandes fortuna y sin ni siquiera tomar en consideración la crisis fiscal y social que se vendrá encima cuando termine el ciclo alcista de la economía.

En estas condiciones, el valor fundamental del presidente está en que no lo sea Mariano Rajoy. Fuera de eso, el apoyo que recibe se basa no en confiar en que las cosas mejoren, sino en la ilusión en que no empeoren.

2/ Y, dicho sea de paso, Aznar a la misma que Felipe González: “jefes de Estado”, intrínsecamente conservadores, cuya único principio político y moral es mantener el poder.

3/ En este sentido, la presentación de la política económica del gobierno en la Bolsa, ante la élite empresarial, es un gesto programático, con un exhibicionismo que demuestra la seguridad del presidente en que no tiene oposición a su izquierda; por si acaso, el *think tank* de la Moncloa debe estar preparando, para compensar, una “aparición social” del presidente.

5. Después del referéndum sobre la OTAN, y pese al golpe que supuso la victoria del Sí, no se produjo una desmoralización, ni una desmovilización en la izquierda social y política que había desarrollado durante años, una de las campañas más unitarias, con más capacidad de convergencia, de la reciente historia española; que el principal adversario fuera un gobierno y un partido “izquierdas” no modifica en nada este juicio, sino simplemente expresa una característica habitual de los movimientos unitarios y críticos bajo gobiernos social-liberales (de los que González fue un precursor).

Estudiar el ciclo de reorganización que se inició entonces desborda por completo los límites de estas notas. Sí es necesario recordar que dentro de él hubo diferentes procesos que se entrecruzaron: la larga convergencia entre el MC y la LCR; la fundación de Izquierda Unida; la autoridad política de Herri Batasuna entre la izquierda radical de todo el Estado expresada en las elecciones europeas de 1987 y destrozada en Hipercor; el protagonismo político-sindical de CC OO en torno a la Huelga General del 14 de diciembre de 1988; el fracaso de la unificación entre la LCR y el MC; la opción de numerosos militantes y activistas por la política desde los movimientos sociales y la consiguiente debilidad de los proyectos de construcción de organizaciones de izquierda alternativa; el declive de IU, cuyo único horizonte es llegar a ser una componente subalterna de gobiernos de coalición; la “ilusión social” despertada por el movimiento antiglobalización como vía para constituir “nuevas formas de hacer política”, superando a las “viejas izquierdas”...

Esta descripción sumaria sirve para mostrar que todas estas expectativas, o han dejado de existir (el MC y la LCR), o no cumplen ya un papel de referencia (Izquierda Unida o la izquierda abertzale a nivel estatal, obviamente por muy diferentes razones; no vale la pena comentar lo que significan hoy políticamente las CC OO de Fidalgo), o no parecen capaces de responder por sí solas al desafío de construir una izquierda alternativa. Este último espacio es el más importante, porque es en él donde están las fuerzas militantes, las ideas y las experiencias que pueden, si quieren, ir más allá de nosotras y nosotros mismos, para construir el nuevo punto de partida.

Del balance del pasado se pueden extraer ideas que, decantadas por el debate, sirvan para echar a andar.

Las cuatro que me parecen imprescindibles son: querer hacer política anticapitalista; ser capaces de convivir entre diferentes ideas, prioridades y prácticas sociales y políticas; y tener la voluntad de construir un proyecto común, suficientemente fuerte para durar y resistir a las pruebas difíciles que, sin duda, aguardan en el futuro; y recuperar el “largo plazo” como una perspectiva reflexión, de debate y de trabajo sin la cual ningún proyecto de emancipación es posible.

Pero esto es sólo una opinión, o mejor, una pre-opinión; las opiniones que de verdad cuentan serán las que se expresen en los propios procesos. Y la cuestión decisiva es que empiecen.

22/04/2007